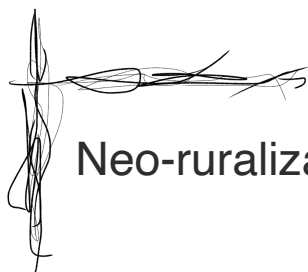




El Péndulo Cultural y la Nueva Ruralidad

Ciro García y Verónica Ruth Frías

La RARA Subversión del Centro



Neo-ruralización

“El nuevo movimiento cultural rural no busca simplemente embellecer el campo, sino re-habitarlo con un propósito renovado”

Vivir en un pueblo ya no implica una desconexión cultural

La historia humana ha sido una sucesión de movimientos pendulares, oscilaciones que han dictaminado el progreso o declive de los diferentes entornos y territorios. La migración masiva del campo a las ciudades, impulsada principalmente por la Revolución Industrial en los siglos XVIII y XIX, se convirtieron en un fenómeno demográfico y social transformador sin precedentes.

Tanto la promesa de empleo en las nuevas fábricas como el declive de las economías agrarias tradicionales actuaron como poderosos factores de atracción y expulsión.

No solo este éxodo rural dotó a los núcleos urbanos de una población cada vez mayor, sino que este crecimiento se entrelazó indisolublemente con el crecimiento económico, gracias a la producción industrial y el comercio, y el desarrollo social que se manifestó en nuevas estructuras de clase y una mayor densidad en las interacciones humanas.

La consecuencia más profunda de esta migración fue la concentración de la cultura, la innovación y el poder simbólico en las ciudades, que se convirtieron en verdaderas metrópolis creadoras de lo nuevo. Las capitales también concentraron las incipientes instituciones culturales, editoriales, universitarias y medios de comunicación masivos.

Este ambiente denso y heterogéneo fomentó la aparición de movimientos artísticos, filosóficos y políticos, ya que la diversidad y la cercanía facilitaron el intercambio rápido de ideas y la formación de nuevas esferas públicas, relegando progresivamente al entorno rural a un papel de mero proveedor de recursos y reserva de tradiciones ancestrales.

La historia cultural quedó, pues, dominada por el relato de la urbe como crisol ineludible de la modernidad.



La Búsqueda de la Profundidad y la Nueva Ruralidad

Pero el siglo XXI está viendo una sutil pero significativa inversión de la migración, una nueva oscilación del péndulo. Hoy asistimos a una neo-ruralización, un flujo migratorio impulsado por la desilusión con la promesa original de la metrópoli: la concentración excesiva, la hiperaceleración –la "tiranía de la prisa"– y la mercantilización total de la vida y el arte.

Este fenómeno de la nueva ruralidad ha sido objeto de estudio y definición por autores como Jacques Abramovay o Jesús A. Bejarano, quienes han contribuido a caracterizar estos territorios no ya por su esencia agraria, sino por su hibridación con dinámicas urbanas y globales. Si la migración histórica a la ciudad fue la búsqueda de la velocidad y la masa crítica, la neo-ruralización es la búsqueda de la lentitud, la profundidad y la singularidad.

En el espacio rural hay una resistencia fundamental al ruido omnipresente de la cultura urbana, ese background constante de información y estímulos que dificulta la auténtica escucha real. A través de la recuperación del silencio del entorno natural, el creador contemporáneo redescubre el valor de la contemplación y la artesanía del pensamiento. El reciente éxodo es, en cierto modo, una huida de la conectividad total y la homogeneización digital, buscando en la tierra un anclaje existencial, ético y estético.

Este movimiento no es meramente geográfico, sino filosófico y temporal.!! Es una respuesta directa a la sociedad de la aceleración teorizada por sociólogos como Hartmut Rosa, donde la tiranía de la prisa – el tempo incesante del mercado y la tecnología– amenaza la capacidad de experimentar el mundo con profundidad. La neo-ruralización propone una ética de la lentitud como práctica de resistencia.

Entendemos pues que, en el campo, la productividad no se mide por la inmediatez o la cantidad, sino por el arraigo y la maduración. Al rendirse a los ritmos estacionales del entorno y al calendario más pausado de la vida comunitaria, el creador fuerza una resonancia entre su trabajo y la realidad circundante. Esta desaceleración es la condición sine qua non para recuperar la escucha y la contemplación, elementos esenciales del pensamiento que la metrópoli, con su ruido y su fugacidad, había ahogado.



La Ruralidad Conectada como Laboratorio

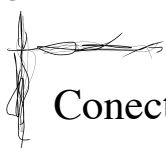
El gran salto cualitativo que diferencia esta neo-ruralización cultural de cualquier idealización histórica del campo es su condición intrínsecamente hiperconectada. La preocupación que antaño detenía a los creadores —el temor a la "desaparición" o al aislamiento total que significaba dejar los grandes centros urbanos— ha sido mitigada drásticamente por la revolución digital. Hoy, la banda ancha, el teletrabajo y las plataformas de comunicación, con las redes sociales a la cabeza, anulan de facto la tiranía de la distancia geográfica.

Vivir en un pueblo ya no implica una desconexión cultural, al contrario, permite participar activamente en las redes globales de la cultura y la economía sin sufrir el desgaste del frenesí metropolitano. El creador puede gestar una obra con la quietud y el anclaje al paisaje, pero difundirla, interactuar con curadores, participar en simposios o venderla en galerías internacionales con la misma inmediatez que un agente en la capital.

Esto transforma lo rural de ser un simple "refugio" a ser un laboratorio global descentralizado y que por lo tanto permite que también se descentralice la hegemonía urbana perpetuada durante generaciones, un punto donde la calidad de vida y la calidad de la producción finalmente convergen.

Es bajo este nuevo paradigma de ruralidad conectada que se hace plenamente viable la misión de proyectos culturales en la periferia de la periferia. En esencia, el nuevo auge de lo rural es una reapropiación del paisaje como agente moral y estético.

Frente a la arquitectura abstracta y funcional de la ciudad, el paisaje rural nos fuerza a confrontar la finita y vulnerable realidad de lo natural, generando una creación cultural de la responsabilidad, que se puede ver reflejada en narrativas sobre la crisis climática, la soberanía alimentaria o la recuperación de saberes abandonados y casi olvidados. El nuevo movimiento cultural rural no busca simplemente embellecer el campo, sino re-habitarlo con un propósito renovado: la búsqueda de una nueva polis, no definida por la densidad de cemento, sino por la densidad de la interdependencia entre sus habitantes y su entorno. Y es en este diálogo entre el bios –vida natural– y el logos –razón, discurso– donde reside el potencial más enriquecedor de los nuevos flujos migratorios hacia lo rural.



Conectando Teoría y Praxis: La Red de Resistencia

La reflexión sobre esta nueva realidad no solo se queda en el plano teórico ni en las estadísticas migratorias, sino que se materializa en iniciativas concretas que funcionan como nodos de resistencia y creación. Estos proyectos culturales descentralizados son la prueba tangible de que el cambio de paradigma es viable. Y demuestran que la intensidad y la relevancia del arte contemporáneo no dependen de la escala o la geografía urbana, sino de la calidad del diálogo que se establece con el entorno. Así, el campo, lejos de ser un mero telón de fondo para un artista fugitivo, se convierte en un agente activo y catalizador de la obra.

Es bajo esta premisa que podemos entender la dinámica de RARA Residencia en Villanueva del Rosario, y de cómo una decisión existencial puede transformarse en un motor de subversión cultural y social.

RARA Residencia se inscribe en un mapa de múltiples y diversos proyectos culturales que adquieren su pleno sentido en lo rural, desafiando la geografía tradicional del arte. Y comprobamos como el panorama nacional está salpicado de ejemplos que confirman esta tendencia. En la propia provincia de Málaga, Genalguacil Pueblo Museo es un ejemplo destacable de buen hacer, donde la comunidad y el entorno natural se convierten en lienzo y motor de la creación, renovando el pueblo a través de bienales de arte y propuestas culturales que dejan un legado permanente en sus calles y plazas.

Más al norte, el proyecto Mutur Beltz en el Valle de Karrantza (Bizkaia) ilustra otro enfoque: un festival de arte y pensamiento que utiliza el paisaje como eje y la ganadería local, la oveja mutur beltz, –cara negra en euskera y que es como se conoce popularmente a la oveja Carranzana– como símbolo, tejiendo narrativas contemporáneas con la propia identidad territorial profundamente arraigada

Estos nodos no son incidentes aislados, sino que forman una red invisible de resistencia cultural que funciona con una política cultural de baja intensidad, pero de alta permeabilidad. La decisión de instalarse o permanecer en lo rural se transforma en una declaración de principios sobre la relevancia del contexto en la producción artística. El efecto de proyectos como Genalguacil o Mutur Beltz va más allá de lo puramente estético, su verdadero impacto es la regeneración social e incluso económica de las zonas donde se han implantado. Estos enclaves logran una revalorización del patrimonio inmaterial del territorio –la trashumancia, el saber artesanal o las leyendas locales– y atraen un capital humano que diversifica la economía, antes mono-dependiente de la agricultura o la ganadería.

En este sentido, la cultura contemporánea, cuando se ancla, no solo embellece, sino que añade valor a la base social y confiere una nueva resignificación del territorio, dotando a los pueblos de nuevas propuestas culturales que tradicionalmente albergaban los grandes centros culturales que consideraban a los pueblos como marginales. Hoy ya no es así, los entornos rurales tienen más que aportar a las ciudades, desde su sabiduría y costumbres mantenidas durante generaciones, que la urbe a lo rural.

Estos casos, junto al de RARA, evidencian que el valor añadido de la nueva ruralidad cultural reside en su capacidad para operar desde una ética de la escasez y la sostenibilidad, opuesta a la sobreabundancia y el consumo rápido de la ciudad que vienen dictaminadas por las nuevas sociedades neocapitalistas.

El recurso principal no es el capital, sino el tiempo, el espacio y la interconexión humana. La reflexión que emerge es que la periferia no es un vacío que debe ser llenado con contenidos urbanos prefabricados, sino un terreno fértil y autónomo que posee sus propias estructuras narrativas y estéticas.



La Materialización de la Idea: RARA Residencia

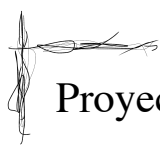
Nuestro proyecto, que hoy se puede entender como un punto de conexión neurálgico, nació de un acto más simple e ingenuo: la expulsión que sufrimos por la presión urbanística de la ciudad en 2007 y que nos llevó a vivir en Villanueva del Rosario, una localidad de no más de 3.400 habitantes en la comarca nororiental de Málaga. Aquí vimos una casa antigua, y que necesitaba una reforma profunda, que nos enamoró y en la que proyectamos nuestros sueños y vivencias futuras. Y aquí nacieron nuestras dos hijas, Myna e Yria y fue cuando fuimos conscientes de que el territorio era ya una parte indisoluble de nuestras vidas.

Inicialmente, RARA no nace con la intención de subvertir la jerarquía cultural, sino con la sencillez con la que brota una semilla en el campo, aquella que cae azarosamente en la tierra y encuentra el lugar perfecto para germinar y crecer. Realmente nacimos con el objetivo de acercar el arte contemporáneo a nuestro pueblo, no como una prótesis impuesta, sino como una manera de ensanchar el abanico cultural del territorio y crear comunidad. Y siempre con varias líneas que cuidamos, como son la atención a la diversidad, la promoción de jóvenes artistas y el arte creado por mujeres. Y sin pretenderlo, RARA pareció operar bajo el principio de que la distancia geográfica puede ser, inesperadamente, un vector de concentración e intensidad creativa, subvirtiendo la lógica que dicta que lo valioso debe nacer en el centro.

Desde que abrimos en octubre de 2019 han sido cuarenta y tres exposiciones, entre individuales y colectivas, y más de cincuenta artistas en residencia que han tenido la oportunidad de crear desde la tranquilidad del pueblo alejados del ruido de las ciudades.

!! El pueblo te permite eso: tiempo. Tiempo para conectar y reconectar, tiempo para hablar, para pasear por el campo y para cohabitar, ofreciendo espacios de reflexión que la ciudad muchas veces niega.

RARA, es una rara avis dentro de un mundo globalizado y demasiadas veces centralizado, es un cisne negro que sorprende a los visitantes y nos permite mostrar trabajos de artistas contemporáneos emergentes o con carreras consolidadas en la que fuera nuestra casa y que está abierta a todas las disciplinas creativas. Por aquí han pasado artistas plásticos y visuales, músicos, poetas, escritoras, dramaturgas o drag queen. Nos gusta pensar que es un lugar donde sentir que tienes la libertad de crear tu proyecto personal o hacer partícipes a nuestros conciudadanos, porque si algo caracteriza a RARA es que las puertas siempre están abiertas.



Proyectos, Participación y Vanguardia

Es ilusionante poder compartir aquello que sabemos hacer –ya que ambos nos dedicamos profesionalmente al arte contemporáneo– con los habitantes de nuestro pueblo y ver cómo la participación es directa y sin artificios, con cercanía y ganas de hacer y compartir. La naturaleza de los proyectos es fundamentalmente dialógica y contextual: los mapas de la artista María Meijide que llevó a cabo con alumnas y alumnos de primaria, el mural colectivo de Judas Arrieta en el parque de la Fuentevieja, el mural cerámico de Judith Borobio que llevó a cabo con todos los que se acercaron para dejar su huella en la arcilla fresca y que ahora luce en una de las paredes del antiguo mercado, o la exposición y performance Del brace, que recuperaba una tradición que ahora está en desuso. Son todas acciones que registran un lugar y un tiempo específico, tejiendo arte con memoria colectiva.

Como esa semilla que germina, nuestro espacio ha generado una sinergia inesperada. La presión urbanística de Málaga ha actuado como factor de expulsión de la capital, pero el ecosistema creado en Villanueva del Rosario ha actuado como factor de atracción. Otros artistas, algunos de los cuales pasaron por RARA, han decidido quedarse a vivir en nuestro pueblo, e incluso a hacer sus propias propuestas de espacios alternativos independientes con una programación de interés.

Se ha creado una simbiosis cultural que nos retroalimenta, y ejemplo de ello es ACRO, el Festival de Arte Contemporáneo en Villanueva del Rosario, que ya va por su segunda edición, y que es otro sueño hecho realidad que se construye en comunidad, en cohesión y que no hubiese sido posible sin personas como Sara Sarabia y Fabian Vroom. Esta red local demuestra que la descentralización no es solo mover un punto en el mapa, sino multiplicar los focos de creación y dotar de autonomía cultural a un territorio.

En este sentido, RARA Residencia se ha convertido en un catalizador de la cultura contemporánea al invitar a artistas de disciplinas globales a interactuar con el entramado local, utilizando el paisaje no como un mero locus amoenus de descanso, sino como un territorio de experimentación cruda y significativa. Aquí se desmonta el mito de que la vanguardia requiere el frenesí metropolitano, por el contrario, se demuestra que puede emerger de un contexto ralentizado y profundamente arraigado.



Hacia la Soberanía Cultural y el Nuevo Contrato Social

La neo-ruralización cultural, por lo tanto, no debe entenderse únicamente como un cambio demográfico, sino como esa nueva redefinición del capital y del valor simbólico. Históricamente, el valor se concentraba en la ciudad, donde la velocidad del mercado y la acumulación de capital económico dictaban la relevancia cultural. El nuevo éxodo invierte esta lógica, promoviendo un modelo basado en el capital lento: el tiempo dedicado a la contemplación, la confianza tejida con la comunidad y el conocimiento profundo del territorio. Esta economía cultural de la lentitud genera una forma de soberanía cultural en la periferia y los proyectos anclados en lo rural, como RARA, no buscan la validación inmediata del circuito urbano, sino que definen su propio valor a partir de la autenticidad de la experiencia y la profundidad del arraigo.

La cultura deja de ser un bien de consumo rápido y se convierte en un proceso de interdependencia lento y significativo. Este es el verdadero reajuste estratégico: dotar al territorio rural de la capacidad de generar y certificar su propia relevancia, transformando recursos intangibles como el silencio, la tradición o el paisaje, en la nueva moneda de la vanguardia. El futuro del arte pasa por desvincularse de la tiranía inmobiliaria y la especulación de las metrópolis para encontrar en la tierra una base económica más humana y sostenible.

Esta soberanía cultural se sostiene gracias a la participación activa y no instrumentalizada de la comunidad local. La nueva ruralidad cultural solo es sostenible cuando se establece un pacto de reciprocidad entre los recién llegados (portadores del logos global) y los habitantes históricos (custodios del bios local). Los artistas y gestores culturales no actúan como colonizadores que "llevan" cultura a un espacio vacío, sino como catalizadores que "activan" la potencia creativa y social ya existente en el pueblo.

La revalorización de los saberes ancestrales –como los que Mutur Beltz evoca con su ganadería o los que RARA impulsa en los talleres comunitarios– no es una simple estética, sino la base de este nuevo contrato social rural. El campo se convierte, de esta forma, en una institución cultural per se, donde la plaza, la sierra o el antiguo mercado son tan importantes como la galería o el museo.

La cultura no se consume, se vive en el entramado cotidiano de la nueva polis, demostrando que la verdadera vanguardia no es aquella que rompe con todo, sino la que sabe enraizar lo universal en lo profundamente local, garantizando que el péndulo cultural no solo se mueva, sino que encuentre un punto de equilibrio más ético.



El Desafío de la Periferia Sostenible

En un principio nos llamaron locos, ahora, visionarios, siempre decimos que ni una cosa ni la otra, solo habitantes de la contemporaneidad que han sabido adaptarse al movimiento del péndulo.

La neo-ruralización cultural no es un escape, sino un rearme estratégico frente a los dictados de la velocidad y el mercado. Es la prueba tangible de que el futuro cultural puede ser, irónicamente, ruralizado, porque pensamos que el presente es rural.

El verdadero desafío, sin embargo, reside en el futuro del propio péndulo. ¿Podrá esta nueva cultura rural evitar los errores de la metrópoli, resistiendo a la posible gentrificación que muchas veces sigue a la efervescencia creativa? ¿O está condenada la periferia a convertirse en el próximo centro, repitiendo el ciclo de saturación, coste y huida? O ¿Puede la cultura que ha huido de la “superficialidad” urbana evitar ser consumida por la misma frivolidad una vez que se convierte en tendencia?

El riesgo es que la lentitud y la autenticidad se vuelvan una mercancía más, vaciando el campo de su esencia liberadora.

Es aquí donde la nueva ruralidad debe demostrar que su elección es un compromiso existencial y duradero con la tierra, y no una simple búsqueda de inspiración estacional.

RARA Residencia y Villanueva del Rosario no son solo un experimento de creación artística, sino una pregunta abierta a la filosofía de nuestro tiempo: ¿Es posible generar una cultura de alta intensidad y arraigo sin sacrificar la lentitud y la autenticidad que la hicieron nacer? La respuesta no está en el asfalto ni en el aislamiento, sino en la capacidad de la nueva ruralidad para tejer un diálogo constante, responsable y sostenible entre la comunidad, el arte y el entorno.

Esto implica transformar la conciencia de la finitud de los recursos naturales y humanos en un modelo de producción cultural.

Solo mediante este pacto ético y estético se puede garantizar que este nuevo ecosistema cultural sea un modelo de permanencia activa —una nueva forma de habitar el mundo— y no solo la pausa temporal del creador fugitivo que solo busca tomar el oxígeno del campo para luego volver a la ciudad.

El futuro cultural no está en la aceleración del centro, sino en su subversión y en el saber enraizar la vanguardia en el territorio.

Esto implica transformar la conciencia de la finitud de los recursos naturales y humanos en un modelo de producción cultural. Solo mediante este pacto ético y estético se puede garantizar que este nuevo ecosistema cultural sea un modelo de permanencia activa —una nueva forma de habitar el mundo— y no solo la pausa temporal del creador fugitivo que solo busca tomar el oxígeno del campo para luego volver a la ciudad.

El futuro cultural no está en la aceleración del centro, sino en su subversión y en el saber enraizar la vanguardia en el territorio.



Ciro García y Verónica Ruth Frías

Ciro García y Verónica Ruth

Son artistas visuales y gestores culturales que desarrollan una práctica artística y colaborativa vinculada al arte contemporáneo, el pensamiento crítico y el territorio. Ambos cuentan con una trayectoria consolidada en exposiciones y proyectos artísticos a nivel nacional e internacional, explorando cuestiones sociales, políticas y de género desde distintos lenguajes como la performance, la instalación y el trabajo conceptual.

Juntos impulsan RARA Residencia de Arte, un espacio independiente de creación y encuentro situado en un entorno rural, concebido como plataforma para la investigación artística, el intercambio de saberes y la convivencia entre artistas.

RARA se articula como un proyecto de largo recorrido que pone el foco en los procesos, la experimentación y la relación entre arte, comunidad y contexto, consolidándose como un referente de las residencias artísticas independientes en España.